

¿Qué recuerda Raquel Meller, ya anciana, en la boca de ese escenario? Acaso aquella noche en que después de una función benéfica fue llevada al Liceo. Las familias más ilustres de Barcelona aplaudieron entonces a la muchacha del Paralelo

LO QUE QUEDA EN EL TINTERO

LA SOLEDAD DE RAQUEL

Por DEL ARCO



HE visto a Raquel Meller por última vez. Cuando yo no podía decir nada. Había cerrado sus ojos para siempre. Un muerto impresiona siempre. Raquel, un cuerpo insignificante, me pareció más pequeño todavía; conserva la imagen de un ser del que físicamente no quedaba apenas nada. Fui a verla por un deber de amistad, olvidándome que era periodista; pero el periodista surgió, sin querer, porque el hijo de Raquel estaba allí. Para mí era muy doloroso hacerle hablar en aquel instante, cuando hacía escasas horas que la vida de Raquel se había extinguido. Por su hijo supe que Raquel no se enteró que se moría. ¿Por qué no ha venido antes a verla? —me preguntó Jorge Enrique Sayag Marqués—. A mamá le hubiese gustado verle. Le dije que él mismo había prohibido todas las visitas. Se disculpó diciendo que era un malentendido; que su madre no quería periodistas, pero sí amigos. Y así era. Raquel dividía la humanidad en dos partes: amigos de ella y no amigos; y en periodismo sentía amistad por unos cuantos, pocos, y a la mayoría no quería ni verlos. Estaba ya muy lejos, en los últimos años de su vida, de sentir la vanidad del elogio. Le importaba poco lo que dijeran de ella, y ella, a su vez, decía de los demás lo que se le ocurría.

En esta hora en que Raquel, convertida en mito, pasará a la historia desdibujada porque la artista se impondrá a la mujer, creo que la mejor lealtad a su memoria es retratarla como ella hubiese querido que la vieran todos, como mujer. Y como mujer, a última hora, estaba sola. En honor a la verdad, sólo su hijo estuvo hasta el último instante en el hospital a su lado. Y no es que no quisiéramos estar con Raquel, sino que era ella la que no quería nadie. Yo la visité en su ático de la calle Rosellón, y vivía absolutamente sola. Para ser exacto, con pájaros y gatos. Ya estaba delicada, y le advertí el peligro que suponía vivir sin compañía; pero ella rechazaba cualquier auxilio; se hacía traer una comida de un restaurante cercano, y por la tarde se iba, paseaba y se metía en un café, desde cuya terraza veía circular a la humanidad, indiferente. En una ocasión que vino a Barcelona, por primera vez, Gloria Lasso, ésta preguntó por Raquel, porque yo le recordé que tenía un ligero parecido. Gloria Lasso se interesó por visitarla, y fui yo quien las presenté, conduciendo a Gloria al piso de Raquel. La entrevista fue cordialísima, y a Gloria le afectó la soledad de Raquel hasta el punto que me insinuó qué podía hacer por ella. Le advertí a Gloria que no se le ocurriera ofrecerle algo que hiriese su dignidad, y con mucha delicadeza le dedicó su primera actuación en público en honor a Raquel Meller. Más tarde, Gloria Lasso intentó revivir en cine la vida de Raquel, y aquello fue fatal para la amistad de las dos; pero Gloria Lasso insistió con el tiempo en rendir un homenaje a Raquel, y otra vez fui intermediario; desde París, Gloria quiso rendir tributo de admiración a nuestra gran tonadillera, y contando con la dirección del Olímpia y el Municipio de la capital de Francia, le hicieron una invitación oficial para trasladarse a París, y para hacer más fuerte esta invitación llegó un emisario, incluso con una carta del señor

Sayag, marido de Raquel, para que aceptara. Pocas veces he sido testigo de una escena tan violenta como el momento en que presenté a Raquel al emisario de París; cuando éste le entregó la carta de su marido, sin molestarse en abrir el sobre, lo rompió en mil pedazos. Raquel estaba ya de vuelta de todo; lo que quería era que la dejaran en paz. He publicado muchos diálogos con ella, y creo que si levantara la cabeza no se disgustaría al ver que reproduzco éste:

—¿Qué espera aún?
—Hacer rabiar a la gente, que se chinchén. Si yo me burlo de mí y me río de mí, ¿por qué no lo voy a hacer de los demás?

—Dice usted que duerme bien. ¿Nada le remuerde la conciencia?

—A mí, no; mi conciencia está tranquila.

—¿Perdió el tiempo?

—No, no tengo nada que perder, ni aun el tiempo; el tiempo lo da Dios gratis.

—¿Lo administró mal?

—Me lo administran admirablemente bien, pero para mí muy mal.

—¿Por qué vive sola?

—Porque no tengo amigos de verdad; son todos falsos; el mejor es falso.

—Raquel, yo soy su amigo.

—¿Y cuándo le he dicho que usted no lo fuera?

—¿Qué quiere?

—Que me dejen tranquila; mire, cuando me apetece me como un bacalao a la llama y luego me voy a dormir. ¿Qué quiero comerme un pollo?, pues me lo como. Nadie me dice: "Que te va a hacer daño." ¿Ve qué bien?

—Pero, Raquel, ¿la vida no es algo más?

—Pero no esta vida. ¿A mí qué me importa todo, si yo he vivido una vida maravillosa?

—¿Y qué vida hace ahora?

—Me levanto cuando me despierto, nadie me llama; me arreglo y me bajo a esta cafetería a desayunar; luego vuelvo a casa, y si suena el teléfono, si se me ocurre, no desuelgo. Yo me hago la vida para mí y no para los demás. Aquí donde estamos sentados ahora me paso muchas horas mirando la calle. Como donde me apetece, paseo, me hago servir la cena en casa y me acuesto cuando quiero. Y vivo con pájaros y un gato precioso.

—¿Tiene miedo a la muerte?

—No.

—¿No ambiciona nada?

—Vivir lo que Dios me dé.

—¿Valoraría a trabajar?

—¡Sí!

—¿Por qué no trabaja?

—Porque estoy muy mala.

—¿Vamos a volver atrás?

—No vuelva, siga, siga. Ayer fui a una fiesta con algaratas.

—¿Pero, Raquel!

—Pues sí; es más cómodo. Al terminar, todos me querían acompañar, y yo no quise; no me iba a hacer pedacitos para repartirme entre todos, y me volví a casa sola y enterita...

—Conclusión: ¿quiere estar sola?

—Sí.

Ya lo está. Se fue sin saber que tenía muchos amigos...



Una multitud —gentes del pueblo, gentes que aplaudieron y admiraron sinceramente a la gran artista— asistió al sepelio de sus restos mortales. Raquel Meller, que había dicho tanto que se sentía sola, en realidad fue una figura rodeada del fervor popular hasta el mismo momento en que era conducida a su última morada



En la foto obtenida en el entierro de Raquel aparecen su marido, Edmundo Sayag, su hijo, Enrique, y su ahijada Elena Gómez-Carrillo